

Una tarea ciertamente difícil pero al cabo fecunda y esclarecedora, sería la de escrutar los temperamentos políticos que se cruzan, coexisten o luchan en la actual constelación de poder de la Argentina política. Es sólo una de las múltiples perspectivas posibles desde las que puede apreciarse el proceso actual y su derrotero, y apenas una —aunque importante— de las que podrían permitir la evaluación de los distintos factores que concurren en este momento, o de las condiciones que prevalecen en la vida política, social y económica del país.

Quien quiera asomarse a la complejidad de una tarea semejante, realizada a partir de lo que se llama un "modelo" y ponderar su plausibilidad pero también sus dificultades, puede leer por ejemplo "Un modelo de cambio político para América Latina", preparado por Cornblit, Torcuato Di Tella y Gallo (Rev. "Desarrollo Económico", vol. 7, nº 28) y en cuanto al tema de este comentario internarse, por ejemplo, en los trabajos de Eysenck o de Adorno. Si sólo se elige la óptica que preside estas reflexiones y se expone una **impresión** respecto de las distintas personalidades políticas y de los diversos sistemas de actitudes o de combinaciones más o menos limitadas de actitudes políticas que forman los temperamentos en juego, se proporcionará un principio de explicación de las aparentes o reales contradicciones existentes y de su relativa "naturalidad". Se verían, por ejemplo, sistemas de actitudes que revelan la existencia de espíritus "tiernos" y de espíritus "duros", de tolerantes y de sectarios, que se encuentran tanto a la izquierda como a la derecha sin que el egoísmo o el sentido moral estén políticamente orientados —necesariamente— hacia uno u otro

de los extremos. Se advertiría también una serie de actitudes **ideológicas** que van desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha (siguiendo el dualismo tradicional) y que según su **extremismo** van desde las más intolerantes hasta las más liberales. La primera serie distingue **ideologías** —comunismo, socialismo, liberalismo, conservadurismo, fascismo—, situadas de izquierda a derecha, y la segunda las clasifica según su **extremismo** desde las más intolerantes —comunismo y fascismo—, hasta las más liberales (en el sentido norteamericano o anglosajón), pasando por las intermedias —socialismo y conservadurismo.

Producido el cambio político de 1966 varios temperamentos políticos concurren para hacer posible el suceso, y desde entonces coexisten o luchan dentro —hasta ahora— de las reglas de juego del proceso. Los protagonistas de la revolución no sostienen, según es claro, las mismas ideologías, ni tienen las mismas actitudes políticas, ni se parecen en muchos casos al temperamento político. Las combinaciones posibles entre los distintos temperamentos e ideologías darían como resultado otras tantas fórmulas expresivas de lo que los protagonistas revolucionarios entienden respecto del contenido y del sentido del proceso. Para unos, que combinan cierto grado de disposición autoritaria con la adhesión al "statu-quo", el cambio político de 1966 es básicamente conservador. Para otros, espíritus "duros" de la extrema derecha, el proceso tendría que terminar en fórmulas del neofascismo. Otros combinan el conservadurismo con una disposición contraria al autoritarismo, y se inclinan hacia una salida democrático-liberal del proceso; mientras que otros espíritus "tiernos"

tratan de proponer fórmulas que combinen la disposición democrática con la socialización, y van por un derrotero revolucionario que quiere el cambio hacia la izquierda, sin llegar al autoritarismo revolucionario de los comunistas.

Varias combinaciones son, pues, posibles, pero no todas parecen adecuadas a la constelación de temperamentos políticos que predominan en el actual proceso. No se advierte, por lo pronto, la participación del comunismo de acuerdo con la serie ideológica antes expuesta, y sería objeto de discusión la capacidad socializante de este proceso, sea por la vía de la inspiración de una ideología populista o socialista o por la de una tecnocracia planificadora. En cambio circulan por la calle los rótulos que tirios y troyanos se echan a la cara con escasa dosis de cariño, que sitúan a la revolución entre las combinaciones donde ingresan el liberalismo, el conservadurismo o cierto neofascismo, en dosis apreciablemente diferentes, mezclados con disposiciones autoritarias o democráticas, según los actores o protagonistas.

Las constelaciones de temperamentos políticos no permanecen inmóviles desde 1966. Como es natural, las afinidades atraen y las diferencias alejan. Se van formando, así, **coaliciones**. Y entre ellas existen actores que dudan, que vacilan entre las de signo diferente, y que sin duda terminarán inclinándose por la coalición de mayor peso.

Un análisis de este tipo constituye, naturalmente, algo mucho más complicado que un entretenimiento, y lo que este comentario simplemente quiere poner de manifiesto es que la proposición del uso de un instrumento de ese tipo tiene en este caso la intención de demostrar el difícil equilibrio que significa la si-

tuación política de la Argentina actual. También es útil para poner en evidencia por qué los actores parecen moverse con inusitada prudencia; por qué se miden los pasos y se calculan gestos y palabras; y cuando no se calculan bien, por qué se puede prever, con alguna aproximación, el resultado de la imprudencia.

Al cabo se puede llegar a entender por qué el ejercicio de equilibrio inestable entre temperamentos políticos que desde el principio intentó el Presidente, fue una consecuencia del origen mismo del cambio político de 1966. Y por qué, por fin, mientras sectores del periodismo político se divierten con el in-

genioso tema de Truffau: "Tiren sobre el ministro", pocos, como no sean las combinaciones de ideología y espíritus "duros" a los que nos referimos antes, se atreven a proponer el riesgo mayor, que podría conducir a la anarquía y dicen, tácitamente..., "no tiren sobre el Presidente".

GREMIALES

ESTUDIOS ha requerido del dirigente Juan Taccone su opinión sobre el debatido laudo de Luz y Fuerza, que resultó uno de los temas más polémicos del mes en materia sindical.

Para analizar el laudo de la Secretaría de Trabajo en nuestro gremio de Luz y Fuerza conviene tener en cuenta la forma en que se llegó al mismo. La discusión, de acuerdo con la ley 17.494, se realizó en un clima poco constructivo. Las empresas acudieron a las reuniones con una posición de contradicción con las más elementales normas del derecho de trabajo. En síntesis, se pretendía que las aludidas empresas mantuvieran un poder unilateral, amparándose en el argumento de un supuesto poder de administración. El sindicato, por su parte, buscó un camino constructivo analizando a nivel técnico tanto las debilidades del trabajo como las debilidades de los propios trabajadores.

Las empresas mantuvieron una posición irreversible. Finalizado el plazo de discusión, el proceso volvió a reeditarse en reuniones extraoficiales donde los funcionarios de la secretaría de Trabajo hicieron esfuerzos conciliatorios para encontrar una solución. Aquí es cuando se producen algunos hechos que llamaron poderosamente la atención; por ejemplo, cada vez que se llegaba a una solución, aunque fuera parcial, inmediatamente aparecían presiones internas y externas que conseguían que esos proyectos de acuerdo, no sólo no fueran ratificados, sino, por el contrario, que fueran modificados.

Para resumir hechos, señalemos lo ocurrido después de Semana Santa: cuando se había logrado acuerdo sobre 11 de los 14 puntos en discusión, luego de una reunión en el Ministerio de Economía se nos llama a una casa particular donde nos enteramos de que se retrotraían las cosas al punto de partida, entregándoseles a las empresas poderes unilaterales. Por otro lado, se nos muestra un proyecto de laudo que significaba una verdadera "operación chantaje". Rechazamos terminantemente esa posición por considerar que lesionaba la dignidad humana, la de nuestro gremio y la de sus dirigentes.

LUZ Y FUERZA

ACCION PSICOLOGICA

Todo esto fue acompañado por una orquestada acción psicológica. La llamada "prensa seria" nos dedicó una cantidad de editoriales y algunas publicaciones llamadas "especializadas" no le fueron a la zaga. Se llegó al extremo de decir que en este problema estaba en juego la economía del país. Lo que nunca comprendimos es cómo un problema de Bolsa de Trabajo o de régimen de ascensos de un gremio puede poner en peligro el proceso económico del país. Si se tradujeran estos problemas a términos netamente económicos el resultado sería ridículo. No se dijo, en cambio, que gracias a nuestra colaboración se había aumentado en un 15 % la productividad en los dos últimos años, se habían rebajado los costos de los servicios sociales, se había logrado una situación de colaboración con la empresa aceptando la reducción de dos puntos en caso de ausentismo por enfermedad y otra cantidad de acuerdos.

Por primera vez en la historia del sindicalismo argentino se vieron las presiones que ejercieron las llamadas organizaciones empresarias alrededor de este problema. Los intereses políticos volcaron todo su peso contra nosotros, distorsionando la definición de nuestro gremio en el sentido de no aislarse del proceso que vive actualmente la Argentina, no por "colaboracionistas" ni "oficialistas", sino porque vivimos una coyuntura muy especial y pensamos que no se puede volver a la vieja politiquería. Creemos que el país debe salir en su despegue por un cauce revolucionario. Tenemos serias dudas de que se esté haciendo la revolución que ambicionamos; pero hoy, pretender el cauce de las llamadas "normalizaciones constitucionales" en base a las viejas estructuras, sería retrotraer al país; jugar a la democracia, no practicar la democracia. Digamos mejor, jugar deportivamente a la democracia, mientras intereses foráneos utilizan nuestras riquezas.

A todo esto se sumó, internamente, la campaña de pequeños grupos minoritarios, y así fue cómo